

## teatro colón: un altibajo y un éxito

• CARLOS PEMBERTON

**L**a ascendente línea de calidad con que comenzó el teatro Colón su temporada lírica tuvo un altibajo a través de la maravillosa ópera de Ravel "L'enfant et les sortilèges". El regisseur, Louis Erló, creyó encontrar en la mágica trama de esa obra campo propicio para innovar en muchos aspectos sin conseguirlo, obteniendo en cambio una confusión tremenda que conspiró totalmente en contra del espectáculo.

El argumento de esa ópera debido a la escritora Colette, es un dechado de gracia y delicadeza que Ravel captó en forma incomparable. Un niño malcriado, aburrido de sus lecciones, es puesto en penitencia. En un ataque de rabia rompe muebles y libros, lastima a animales, desgarrar el empapelado de la habitación y da por tierra con todo. Poco a poco todos los seres por él heridos cobran vida. Sillones, teteras, re'ojos, el fuego, la ceniza, y hasta los animales le recriminan su proceder. Y aquí fue donde falló el regisseur. Tuvo la desconcertante idea de "doblar" a muchos personajes que bailaban una pobre coreografía de Serge Lifar mientras la voz correspondiente a ellos salía desde el foso de la orquesta o desde un costado de la escena. Por momentos el movimiento resultaba pobre, en otras ocasiones algo verdaderamente pesadillesco. El reparto de la obra —sumamente extenso— tuvo también sus altibajos. Nombraré solamente los puntos altos: Robert Massard, Olga Chelavine, Nino Falzetti, Susana Rouco, Diamela Molina y Lucía Bordelois. En el foso, en cambio, las cosas anduvieron mucho mejor bajo la dirección de George Sebastian.

En el mismo espectáculo, dedicado enteramente a Ravel, se vio también una insípida versión de "La valse", debida a Serge Lifar, que ni merece la pena los renglones en que esto está escrito.

Pero bruscamente Ravel tuvo un vuelco que devolvió la vida a la función. Se trataba de una estupenda, versión de "L'heure espagnole", de argumento sumamente picante y divertido, en la que la orquesta raveliana chisporroteaba elegantemente mientras que un elenco verdaderamente notable cantaba y actuaba contagiado de entusiasmo y musicalidad. Creo que pocas veces esta obra habrá estado tan bien servida. No hablo de las anteriores versiones ofrecidas en el Colón —ya que siempre y desgraciadamente fueron muy malas— sino que me refiero al destino actual de esta obra en los demás teatros mundiales. Denise Duval —especialista en su rol— cantó y se desenvolvió en su parte con intención y gracia poco comunes. El tenor George Shirley demostró, a su vez, ser poseedor de una desenvoltura escénica y comicidad no siempre usuales entre los cantantes de su cuerda. En cuanto a Robert Massard, que pasaba del dramatismo de "Ifigenia en Tauride" a Ravel, se enseñoreó de su parte con un juego vocal y visual que hicieron mucho por el bien de la obra. Nino Falzetti, como el esposo engañado, se ubicó perfectamente entre sus colegas extranjeros dando en la tónica justa del personaje. Y Angel Mattiello —aun cuando no del todo metido dentro del juego farsesco— completó este reparto que hizo las delicias de los espectadores, quienes rieron y gozaron del espectáculo con ganas.

\* \* \*

En los últimos años Verdi parece hallarse de parabienes entre nosotros. Las versiones ofrecidas por el teatro Colón de sus obras han sido generalmente magníficas. Baste sino recordar el espléndido "Requiem", "Macbeth", "La forza del destino", "Don Carlos" y "Simone Boc-

canegra" de temporadas anteriores. Este año se repuso nuevamente la mencionada en último término en una versión que haría el orgullo de cualquier teatro. Y es verdaderamente un placer no sólo poder decirlo sino también escribir estas líneas. La calidad de los espectáculos ofrecidos en nuestro primer coliseo —a través de las últimas temporadas— han devuelto la gloria y el perdido brillo al Colón, teatro que no sólo ha recobrado el nombre internacional que gozaba en otros tiempos sino que nuevamente ha vuelto a significar calidad y seriedad luego de los tropiezos sufridos a través de diferentes manos. Mención aparte merece la homogeneidad de los repartos elegidos para cada obra, que dieron a nuestro público ocasión de apreciar al máximo interpretaciones perfectas —que es, por otra parte, la única manera de ofrecer las obras.

Pero volvamos a la función que nos ocupa. "Simone Boccanegra" es una de las óperas de Verdi en que parece condensarse toda su producción. Allí se encuentran ecos de "Traviata", "Macbeth", "Aida" y destellos de "Otello" y "Falstaff" que le seguirían. Contiene asimismo una de las escenas más perfectas de toda la obra de Verdi: la segunda del primer acto en la que el dramatismo y la musicalidad están tan unidos que crean la perfección absoluta. Para lograr esto, hacen falta artistas inteligentes, y esto

fue lo que se presenció en la función. Una régie de primer orden debida a Ernest Poettgen que adecuó la acción hasta el mínimo detalle. Escenarios de Paul Walter en los que la simplicidad se daba la mano con lo efectista y el buen gusto. Un director de orquesta como Bruno Bartoletti, que consiguió de los ejecutantes un rendimiento entusiasta y artistas de quilates como los que se vieron en el escenario.

Cornell Mac Neill fue un estupendo Simón desde el punto de vista vocal y dramático. La soprano Leyla Gencer asombró por la pureza de su timbre y la belleza de sus notas agudas en pianísimo, al igual que sus trémolos de perfección absoluta. Carlos Cossuta, tenor argentino poseedor de una voz a la que no cabe otro adjetivo más que bella (pero que debería cuidar más en el futuro, para conseguir un rendimiento total de la misma y largos años de duración). William Wildermann, bajo norteamericano, sobrio e imponente, y Gian Pietro Mastromei, cuya lograda intervención en el papel del torturado Paolo, completaron las partes importantes de este reparto que, como se ve, fue algo verdaderamente para recordar. El público, evidentemente, supo reconocer esto —como era dable esperar—, y en una función hubieron diecinueve salidas de los artistas para saludar. Vaya también nuestro aplauso a este espectáculo. ♦

## leyla gencer: opiniones de una artista

● VICTOR JOSE JUGO

**E**N ocasión de la segunda visita de Leyla Gencer, hemos creído oportuno hacerle algunas preguntas sobre su carrera y sobre el arte lírico en general; vamos a repetir algunas de sus opiniones.

P.: —Sra Gencer, ¿cuál es su repertorio preferido?

R.: —Actualmente me he dedicado casi exclusivamente a las obras de Verdi,

Bellini y Donizetti, no sólo a aquellas que integran regularmente las temporadas operáticas sino también y muy especialmente a las que han permanecido en el olvido —muy injusto, por otra parte— durante muchos años. Recientemente he cantado "Roberto Devereux", de Donizetti, en el San Carlo de Nápoles, teatro que la comisionó originalmente. Es ésta una ópera que ha justificado am-